

**CANTARRANAS (EL PUERTO
DESANTAMARÍA, CÁDIZ): UN
POBLADO DE TRANSICIÓN
NEOLÍTICO FINAL /BRONCE
INICIAL**

**José Antonio Ruiz Gil y
Diego Ruiz Mata**

*Papeles del Laboratorio de
Arqueología de Valencia, Extra-2,
1999, pp. 223-228.*

Con el título *Cantarranas (El Puerto de Santa María, Cádiz): Un poblado de transición Neolítico Final/ Cobre Inicial* los autores del trabajo, José Antonio Ruiz Gil y Diego Ruiz Mata, presentan una serie de conclusiones preliminares tras varios años de estudio en la zona.

El artículo comienza con un breve resumen en el cual se cita al yacimiento de Pago de Cantarranas como parte de un yacimiento más extenso que, con diferentes nomenclaturas, se

extiende a ambos lados de la desembocadura del Arroyo Salado, esto es, Base Naval de Rota, por el lado derecho y Base Naval de Rota-La Viña, Fuentebravía y Cantarranas, por el lado izquierdo.

Este resumen preliminar es el único aspecto que puede destacarse de la primera parte del trabajo, ya que, a continuación, los autores exponen los diversos trabajos que han ido realizándose en la zona de estudio a través de los años. Nos parece acertada la inclusión de este *estado de la cuestión* al inicio del artículo, ya que todo escrito científico que se precie debe contar con esta serie de datos, pero la extensión de los mismos nos parece excesiva, siendo suficiente el comentario de que toda la zona se conoce solamente a través de una serie de actuaciones de urgencia, no contando la investigación con ninguna actuación sistemática.

En nuestra opinión, el aspecto más novedoso del artículo llega con su segunda parte. Bajo el título de *Distribución espacial del asentamiento*, se expone una breve descripción tipológica de los silos encontrados, silos que corresponden a 114 de las 126 estructuras excavadas y que pueden contener tanto inhumaciones como ser identificados como basureros. Encontramos en el yacimiento silos circulares o subcirculares con una variada tipología, aunque predominan los de perfil acampanado y base recta, que pueden englobarse dentro del periodo Calcolítico, aunque encontramos también silos de cronología romana y andalusí.

Lo más destacable es la concentración de estas estructuras que encuentran los autores del artículo en Cantarranas, concentración circular que asocian a un posible uso comunal, corroborado por su distanciamiento con relación a los fondos de cabaña. Nos parece una hipótesis bastante plausible pero difícil de demostrar si no se encuentra una relación inequívoca entre la cultura material

depositada en los silos y la que se encuentra en los fondos de cabaña, aunque sí es cierto que la concentración parece indicar un uso comunal de éstos. En La Viña encontramos una disposición planimétrica distinta lo que parece mostrar un periodo de ocupación diferente al de Cantarranas, aún perteneciendo tanto Cantarranas como la Viña, como afirman los autores, al mismo yacimiento.

Los silos, tanto de Cantarranas, La Viña y Base Naval de Rota, y tanto si se tratan de inhumaciones como si no, siempre se encuentran rellenos de materiales de desecho, relleno que los autores consideran intencional y utilizando para ello el suelo orgánico proveniente de los fondos de cabaña, para ello se basan en la uniformidad del relleno, aunque esta circunstancia puede deberse también a la escasa evolución tipológica de la cerámica del yacimiento, con unos tipos cerámicos que cambian muy lentamente a lo largo del tiempo.

Aparte de los silos, aparecen otras estructuras destacables como son los “fondos de cabaña”, aspecto que ocupa la tercera parte del artículo, y que presentan planta circular u ovalada.

En cuanto a la industria cerámica, los autores destacan el casi nulo porcentaje de vasos completos hallados tanto en Cantarranas como La Viña y Base Naval, destacando como forma tipología predominante la cazuela carenada en La Viña, mientras que en Cantarranas su porcentaje es poco representativo. En cuanto a los platos encontrados, hay claras diferencias entre los de Cantarranas (sin el borde destacado) y los de Base Naval-La Viña (de bordes engrosados e incluso almendrados).

Esta diferencia en la cultura material cerámica da pie a los autores del estudio para exponer la hipótesis de que ambos yacimientos (Cantarranas y Base Naval-La Viña) pertenezcan al mismo horizonte cultural, aunque muestren dos momentos de ocupación del yacimiento totalmente distinto, siendo Cantarranas la fase más antigua (Neolítico Final-Calcolítico). Para dar más fuerza a la hipótesis, los autores detectan cerámicas a la almagra en Cantarranas, no encontrándose en Base Naval-La Viña.

Por otro lado, la cronología aportada se basa, para Cantarranas, en la similitud de la cultura material con el yacimiento onubense de Aljaraque, datado por Carbono-14 en torno al 3200-2900 a.C., mientras que para La Viña existen dataciones radiocarbónicas propias, pero sólo para dos de sus silos.

Parece bastante arriesgado tanto el extrapolar para todo el yacimiento los resultados de dataciones radiocarbónicas en sólo dos de sus silos, como el esta-

blecer paralelismos entre dos yacimientos tan distantes como son Cantarranas y La Viña, si bien es cierto que el método empleado para establecer la cronología es útil si solamente se quiere desmostrar cual de los dos yacimientos tiene una cronología superior, que es lo que se proponen los autores.

En conclusión, nos encontramos ante un artículo bastante objetivo y exhaustivo, en lo que respecta a la presentación de los datos obtenidos, si bien se echa de menos un mayor planteamiento de hipótesis de trabajo.

Por otro lado, a nuestro parecer, el título del estudio puede llevar a equívocos, ya que sólo aparece en él el nombre de Cantarranas, mientras que en artículo se analizan también tanto los yacimientos de Base Naval como de Base Naval-La Viña.

En cuanto al material gráfico utilizado, nos parece un acierto la inclusión de parte del repertorio cerámico representado en los yacimientos a estudios, pero podría haberse adjuntado también alguna planimetría y mapa de situación de los yacimientos para dar una mayor coherencia al texto, al mismo tiempo que se ilustrarían mejor los contenidos que se pretenden difundir.

Sea como fuere, el artículo muestra un interesante punto de vista sobre los asentamientos ubicados a ambos lados de la desembocadura del Arroyo Salado pero se hace necesaria una mayor labor de estudio sobre la zona.

Sergio Aparicio Peralta

FORMACIONES AGROPECUARIAS EN LA BAHÍA DE CÁDIZ.

5000 años de adaptación a la Laguna del Gallo. El Puerto de Santa María.

**José Antonio Ruiz Gil y
Juan José López Amador
(coords.)**

Memoria Arqueológica Pocito Chico I, 1997-2001.

El libro que reseñamos presenta los resultados obtenidos tras las intervenciones arqueológicas realizadas en el yacimiento de Pocito Chico I, durante los años 1997 y 2001, resultados que en esta obra van mas allá de una memoria de excavación, proponiéndose una interpretación de la secuencia geoarqueológica y una contextualización del yacimiento, tanto con los poblados situados en sus inmediaciones como con los materiales obtenidos a través de prospecciones arqueológicas llevadas a cabo por los propios autores dentro del

marco de este proyecto. Se ofrecen estudios analíticos, de los restos arqueológicos y paleobotánicos, se presenta el registro paleontológico, y se registra la documentación histórica de la zona de estudio. Para ello se ha contado con la presencia en este libro de investigadores de otras disciplinas lo, que le confiere a la obra un carácter interdisciplinar que cualquier estudio que se considere serio hoy día ha de poseer. Es en sí una obra que aporta nuevos elementos para la configuración de los procesos históricos acaecidos en nuestro municipio y alrededores, aunque en ella encontramos algunas ideas propuestas con las que no estamos del todo conformes.

Los autores comienzan introduciéndonos en el área de estudio, abarcando esta los alrededores de la Laguna del Gallo, y un marco más amplio que comprenderían la campiña portuense y sus áreas limítrofes. Esta introducción nos propone unos patrones de asentamiento para esta zona y sus cambios sufridos entre los periodos que abarcarían desde el Neolítico hasta el Bronce Final, recojiéndose aquí gran parte de los trabajos que sobre los yacimientos del término municipal de El Puerto de Santa María y alrededores se han publicado, alguno de ellos por los propios autores, siguiendo la misma línea interpretativa que han llevado a lo largo de sus años de estudio.

El modelo poblacional para los asentamientos situados alrededor de la Laguna del Gallo gira en torno a los recursos obtenibles de la propia laguna y observan cambios en su estructuración a través del tiempo, explicados a partir de la dinámica de sus aguas, punto este en el que encontramos algunas imprecisiones, pues en cuanto a la geodinámica de la zona, la morfología de la Laguna del Gallo corresponde a una formación Holocénica muy tardía según los trabajos cronoestratigráficos de la zona (paleosuelos negros, arcillas carbonatadas, etc.) (F. Borja, Tesis Doctoral), el área de la laguna semiendorreica tal como la conocemos, no correspondería a una laguna sincrónica con el hábitat más antiguo detectado. Fue la propia geodinámica de la zona la que permitió a los autores el estudio de este yacimiento, al quedar descubierto por la acción erosiva del agua.

El hábitat más antiguo registrado en el yacimiento corresponde a momentos del Calcolítico, con fechas que abarcarían la segunda mitad del tercer milenio a.C. En él se encuentra una estructura que, por sus características, los autores han denominado *covacha* para diferenciarla de otros tipos de estructuras habitacionales que se registran en estas fechas y mucho más difundidos. La covacha se caracterizaría por estar pensada para vivir bajo tierra. El registro material, tanto cerámico como óseo es el que hace proponer a los autores una funcionalidad de esta covacha relacionada con el trabajo de tejer, encontrándose un amplio repertorio de agujas en hueso, así como placas y crecientes que los autores inter-

pretan como trenzadores y tensores. También presentan en este apartado una serie de hallazgos de representaciones megalíticas, fuera del contexto propio de la excavación, una estela grabada y una estatua-mhenir cilíndrica; esta última desconcierta un poco debido a su gran tamaño con relación a los elementos paralelizables que poseemos de esta época, los ídolos cilindro. Ambas se interpretan como divinidades femeninas.

En cuanto a la cabaña del Bronce Final es de características más similares a las correspondientes a estas fechas y su registro cerámico se compone de diferentes tipologías: la más abundante son los cuencos, seguido de los vasos. También se hallan cazuelas ollas, bicónicos y copas, elementos perforados y soportes en forma de carrete. Una de las variantes en los tratamientos que se pueden encontrar en algunas tipologías hace pensar a los autores en un uso del torno en un contexto claramente indígena, pudiéndose observar en este yacimiento un fenómeno de interacción entre la sociedad indígena y la oriental. El estudio de este registro se realiza mediante una tabla morfológica con los diferentes tipos de formas, pero no se documenta la funcionalidad según un planteamiento espacial del registro. Las fechas de radiocarbono que se presentan para este registro son algo desconcertantes pues abarcan una gran horquilla temporal, que hace que alguna fecha haya de ser suprimida, y son todas realizadas a partir de materiales de diferente naturaleza (hueso, concha, carbón), lo que conlleva márgenes de fiabilidad variables según la muestra. Aunque los autores las encuadran correctamente a partir de los restos arqueológicos hallados, no estaría de más tomar nuevas dataciones que puedan dejar fuera cualquier tipo de dudas.

En uno de los apartados correspondientes al estudio de la cabaña del Bronce, los autores interpretan los niveles acumulativos y registros cerámicos como una acumulación antrópica sacralizada o sacralizando y ritualizando la acción del enterramiento del hábitat. En nuestra opinión se debe de interpretar tafonómicamente la dinámica de enterramiento de los niveles invertidos de los sedimentos.

Los datos aportados pertenecientes a época romana no son muy concluyentes y no están dentro de su contexto arqueológico, relacionándolos con alteraciones antrópicas producidas en época altomedieval o debido a una posible deposición secundaria fruto de su localización en ladera. Aunque sí son indicios de la existencia de un establecimiento rústico aun no localizado por los autores. Pero no deja por ello de tener importancia para el estudio del poblamiento en la campiña como bien queda reflejado en este capítulo, que hace una buena síntesis de los estudios realizados y planteamiento del debate actual sobre la ocupación la campiña durante época romana.

El registro arqueológico andalusí comprende tanto estructuras edificadas y excavadas (estructuras siliformes o la “herrería”) como un registro cerámico con un amplio espectro de formas y tratamientos, lo que ha permitido a los autores fechar este momento entre los siglos XI y XIII d. C. Se observan diferencias formales y funcionales entre los materiales pertenecientes a las diferentes estructuras. El yacimiento se encuadraría en el alfoz primero de la antigua ciudad de Mesas de Asta y posteriormente, tras su abandono, pasaría a formar parte del alfoz de Jerez de la Frontera, dato este último recogido en la documentación escrita que se presenta en el último capítulo.

En definitiva, aunque algunas de las ideas vertidas en esta obra creemos pueden ser discutidas, lo que es de por sí enriquecedor para el debate científico, animamos a los autores a que prosigan con su interés por el estudio de estas comunidades prehistóricas e históricas de la campaña.

**Francisco Giles Pacheco y
Francisco José Giles Guzmán**

**FENICIOS E INDÍGENAS EN
EL MEDITERRÁNEO Y OCCI-
DENTE: MODELOS E INTE-
RACCIÓN**

Diego Ruiz Mata (Ed.)

*Serie Encuentros de Primavera en
El Puerto, 3, El Puerto de Santa
María, Ayuntamiento, 2000.*

La investigación protohistórica en la Península Ibérica ha adquirido en la actualidad un gran protagonismo desde sus inicios a principios de este siglo y su notable expansión en los últimos treinta años. Sin duda alguna, la presencia de los fenicios y las relaciones que mantuvieron con las comunidades indígenas peninsulares constituyen uno de sus temas predilectos. El reflejo editorial de estas inquietudes se evidencia cada vez con más frecuencia, pues son abundantes las publicaciones dedicadas a estos problemas. Sirvan como ejemplo el manual de Protohistoria editado por Ariel (Almagro-Gorbea, M., O. Arteaga, M. Blech, D. Ruiz Mata y H. Schubart. (2001): *Protohistoria de la Península Ibérica. Ariel Prehistoria*. Barcelona: Ariel), el volumen dedicado a la *Extremadura tartésica* (Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués (2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico. Bellaterra Arqueología*. Barcelona: Bellaterra, 2001), el *dossier* incluido en la revista *Historiar* (AA.VV. (2000): “Dossier”. *Historiar*, 5, Barcelona: L’Avenç) o las recientemente distribuidas actas del I Congreso del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos (Fernández Uriel,

P., C. González Wagner y F. López Pardo, Eds. (2000): *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP, Madrid, 9-12 de noviembre, 1998*. Madrid: Centro de Estudios Fenicios y Púnicos)

Otra de las novedades recientes es este libro, actas del encuentro celebrado en abril de 1998 en El Puerto de Santa María dentro de los II Encuentros de Primavera organizados por la Universidad de Cádiz y el Ayuntamiento de El Puerto de Santa María. Publicado en el 2000 -aunque su distribución se inició en el 2001- este volumen condensa en sus casi doscientas páginas las ponencias de un grupo de estudiosos que recogen sus ideas y reflexiones en torno a un tema central: el carácter de las relaciones entre los fenicios y los indígenas durante este período histórico. Éstas son analizadas desde la confrontación del tradicional enfoque “colonialista” frente a las propuestas de la “interacción” como marco explicativo básico. Los distintos modelos que se plantean toman como punto de partida la existencia de unas sociedades indígenas complejas, organizadas social, económica y políticamente, con control del territorio, de los recursos, de las poblaciones, con división del trabajo y jerarquías sociales establecidas. Son estas sociedades las que protagonizan, junto a los navegantes orientales, la historia de estos momentos que, a menudo, los investigadores han reducido a una visión de explotación colonialista, basada en un intercambio desigual, en una concepción del indígena como salvaje sometido a la superior cultura del oriental. La “interacción” se entiende, pues, como proceso en el que las partes -léase indígenas, fenicios o griegos- asumen e reinterpretan distintos lenguajes, según las necesidades a satisfacer por las mismas, haciendo posible un marco común de convivencia.

Este es el hilo conductor que da coherencia al libro. Las ponencias se centran en la Península Ibérica, en el Suroeste, primero, donde Tartesos acapara gran parte de la atención, y en el Levante, más adelante. El Mediterráneo Central es el segundo escenario presente, abordándose aspectos de los modelos de relaciones entre los indígenas y los extranjeros en Cerdeña, Sicilia y Magna Grecia.

Sin duda, hablar de fenicios en Andalucía Occidental supone hablar de Tartesos. Así lo hacen en sus respectivas ponencias Diego Ruiz Mata, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Cádiz, Jesús Fernández Jurado, Director del Servicio de Arqueología de la Diputación de Huelva y Mariano Torres Ortiz, de la Universidad Complutense de Madrid.

Ruiz Mata, como anuncia en las primeras líneas, ofrece una serie de reflexiones en torno a la concepción de “Tartesos” como entidad histórica e historiográfica, a partir de las fuentes escritas y de la documentación arqueológica disponibles, descartando las teorías que la presentan desde modelos míticos.

Advierte sobre el peligro de buscar una concepción de acuerdo a nuestros actuales parámetros geográficos y sobre la necesidad de considerar el simbolismo que podría encerrar para los antiguos el concepto en cuestión. Gran parte de su discurso se centra en indagar sobre si Tartesos es o no una realidad previa a la presencia fenicia a través de las evidencias arqueológicas. El estudio de lo que conocemos de las sociedades del Bronce Final, de los procesos de urbanización, del peso y la influencia de la tecnología en la economía y la sociedad indígenas, del propio carácter de su economía, la importancia en ella de la agricultura, la ganadería, la minería, las actividades productivas y el comercio, el excedente consecuente, y las implicaciones sociales y económicas del mismo, le llevan a concluir que *“Tartesos es la consecuencia de un proceso de interacción/aculturación entre las sociedades fenicias e indígenas, entre los siglos VIII y VI a.C.”*.

Muchos de estos problemas son también tratados, más someramente y con menor profundidad, por Fernández Jurado, que apunta las cuestiones principales que preocupan a los estudiosos, como la controvertida “precolonización” o la cronología de la llegada de los fenicios a la Península. De especial interés son las reflexiones que hace sobre lo “fenicio” y lo “indígena”, su identificación arqueológica y el uso peligroso de la idea de las “imitaciones” para explicar determinadas peculiaridades de la cultura material –imperfecciones en su ejecución, formas poco conocidas, etc.-.

Ameno y didáctico resulta el “artículo de revisión”, tal como lo define el autor, de Torres Ortiz, que nos ofrece una completa y a la vez sucinta panorámica de la investigación sobre Tartesos (problemas, temas principales, líneas de investigación, bibliografía). Lejos de ser una mera exposición acrítica, expone abiertamente sus posturas personales sobre los distintos temas que trata: la cronología y el espacio geográfico de la cultura tartésica, su “etnicidad”, las relaciones con los fenicios, la economía, el urbanismo, el mundo funerario, la organización social y el final de Tartesos. En suma, erudición y rigor notables no faltos de sencillez y claridad expositiva.

Estos trabajos ofrecen una visión global de uno de los modelos propuestos: el de las relaciones entre los indígenas del suroeste -“tartésicos”- con los fenicios. Aunque este binomio es innegable, no existe unanimidad sobre si Tartesos es consecuencia de éstas relaciones -Ruiz Mata- o constituye una realidad preexistente -Torres Ortiz-. Las comunidades indígenas aparecen como sociedades organizadas y fuertemente presentes en el territorio. Los fenicios afectaron sin duda a los procesos en los que estaban inmersos estas comunidades y los alteraron irreversiblemente.

En el Levante se aprecian también estas transformaciones en las sociedades indígenas, según se desprende de las investigaciones que en su ponencia resume Alfredo González Prats, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Alicante. Sin entrar en grandes consideraciones conceptuales, nos propone un recorrido por algunos de los yacimientos significativos del Hierro valenciano donde se hace patente la relación con los fenicios: Torrelló del Boverot d'Almassora, Los Villares, Alt de Benimaquia, La Peña Negra II, Cabezo Pequeño del Estaño y La Fonteta. La exposición se centra en los tres últimos, excavados por el Prof. González Prats, donde se subraya la relación entre el orientalizante y la presencia fenicia, y a partir de los cuales se sugiere un modelo en el que los fenicios controlan rutas y territorios de acceso. La convivencia entre las distintas comunidades se manifiesta en pequeños núcleos de población oriental y autóctona integrados en las ciudades indígenas y fenicias, respectivamente.

Situación algo diferente es la que nos plantea Paolo Bernardini en Cerdeña, donde los fenicios se instalan en territorios plenamente controlados por las comunidades indígenas y bajo su sombra. El autor, arqueólogo de la *Soprintendenza Archeologica per le Province di Cagliari e Oristano* (Cerdeña, Italia), propone un análisis desde la interacción, no desde la aculturación. Critica el enfoque que tradicionalmente se ha adoptado al aproximarse a la sociedad sarda desde el prisma sesgado de modelos de colonización cultural, que presuponen unas poblaciones que adoptan “dócilmente” los avances que les aportan estas sociedades de “superior cultura”. Frente a esta postura, propone un modelo en el que la sociedad sarda, desde antes de la llegada de los micénicos, constituye un conjunto de comunidades organizadas y estructuradas de modo complejo, con un sistema de división del trabajo y con control del territorio, de los recursos y de los medios de producción. Es esta sociedad la que integrará en su organización territorial y en sus circuitos económicos a los fenicios que se instalan en el sur a su llegada siglos después, mezclándose poblaciones indígenas y fenicias, como se comprueba en Sulcis, Monte Sirai, Bitia, Tharros y Othoca. El Orientalizante es un reflejo claro de esta interacción. La Arqueología nos muestra cómo las sociedades indígenas integran en su esencia cultural diversas ideologías y lenguajes iconográficos orientales, reinterpretándolos según sus propias necesidades.

A conclusiones similares podemos llegar tras la lectura de la ponencia de Adolfo Domínguez Monedero, Profesor Titular de Historia Antigua de la Universidad Autónoma de Madrid. Referido en esta ocasión a los griegos, el modelo nos ayuda a contrastar las conclusiones a las que llegan los trabajos anteriormente presentados. Analiza los procesos de interacción en los ámbitos extra-

urbanos a través de las fuentes escritas y arqueológicas, de las que demuestra un profundo conocimiento. Con los diversos ejemplos que ofrece a través de la cerámica, la arquitectura, el urbanismo, la escritura, los usos funerarios, las formas de organización política, el autor propone un modelo que suma numerosos procesos que afectan a diversos aspectos de la sociedad y que reflejan cómo las sociedades indígenas aceptan y rechazan los estímulos que el mundo griego les ofrece. El modo y la intensidad en que esta interacción se produce es diversa, como diversa es la pléyade de comunidades que habitan el sur de Italia y Sicilia.

El libro se suma a la tendencia que desde hace ya algunos años busca desmitificar el peso de la “colonización” o su carácter de mera influencia cultural y económica donde los indígenas eran meros actores de reparto o extras con alguna frase inocua en el guión. Ambas partes se revelan ahora como de igual importancia en el análisis de los fenómenos sociales, económicos, culturales, etc. cuya existencia nos delatan la Arqueología y las escasas fuentes escritas. Su lectura nos deja con las ganas de continuar profundizando en la problemática planteada, alcanzando los objetivos propuestos en el curso de servir de punto de referencia y de herramienta para la reflexión. Quizás una organización física del volumen de acuerdo a grandes temas globales -conceptualizaciones, el modelo tartésico, otros modelos mediterráneos- hubiese contribuido aún más a las finalidades didácticas e introductorias del volumen, que a pesar de ello son notables y lo convierten en referencia útil para todos los que busquen iniciarse en este campo de la investigación.

Juan Ignacio Vallejo Sánchez
Universidad de Cádiz

**EL VERGEL DEL CONDE Y
EL PARQUE CALDERÓN:
HISTORIA DE DOS PASEOS
DE EL PUERTO DE SANTA
MARÍA**

Enrique Pérez Fernández

Biblioteca de Temas Portuenses,
Ayuntamiento de El Puerto de
Santa María, 2000.

Para los que ya hemos tenido la oportunidad de consultar los trabajos de Enrique en otras ocasiones, observamos que sigue fiel a su original forma de hacer las cosas. Un tema distintivo. Una introducción clara y directa. Confianza en la fuente. Claridad en los propósitos. Rigor en el dato. Prolijo en detalles. Ausencia de conclusiones. Prosa rápida y segura. Exhaustivo.

Características estas de investigaciones que, frente a composiciones textuales que divagan sobre la producción del sentido social, reivindican el valor

objetivo del dato e invitan a trazar lo que podría ser la secuencia lineal de la historia local de El Puerto de Santa María.

La pretensión, de corte teórico, queda claramente recogida en la Introducción: “*Fundamentalmente nos interesa de la Historia –como opción de trabajo- conocer el entorno vital del Hombre en cualquier periodo histórico, las obras materiales que realizó [...] nuestra opción sólo adquiere sentido insertada en otros campos de estudio de la realidad histórica, básicamente de caracteres socioeconómicos, tarea que se aleja de nuestras pretensiones...*” (p.15)

Mantener esta postura, y seguir fiel a esos principios haciendo oídos sordos a otras maneras de comprender el pasado, es todo un mérito en la actualidad, máxime si tenemos en cuenta las modificaciones a las que nos someten los desarrollos de las nuevas corrientes de investigación multidisciplinar, y de escuelas historiográficas de corte posmoderno.

El libro está bien, abre todo un campo de estudio en la historia de El Puerto que es apasionante por lo desconocido y poco estudiado: el mundo de lo lúdico. Y en este sentido es innovador. Es ambicioso en su amplitud pues abarca desde la llegada del conde de O’Reilly en 1775 hasta finales del XX. El título recoge claramente el contenido y el subtítulo lo ubica. Ambos cumplen su función. Pero, ¿es la palabra historia la más apropiada para el subtítulo? Quizás sí y quizás no, doctores tiene la iglesia que puedan opinar con más juicio.

Desde mi perspectiva hubiera optado por la palabra *historias* ya que, entiendo que son varios los discursos que se reúnen en un solo volumen. Por un lado, encuentro el discurso de los avatares de las reformas urbanas desde la Ilustración hasta la actualidad. Por otro, las historias de los diferentes modos de *entretener* a los portuenses a través de veladas, y cucañas marítimas. Por otro, las formas en que los portuenses se expresaban en acciones estéticas y emotivas. Por otro, la historia particular del urbanismo carolino de O’Reilly y su Vergel; y por otro, la prolongación que algo más de cien años después de aquél se hiciera con el Parque Calderón. Después todas y cada una de las historias de los edificios y lugares significativos del entorno de los paseos. Y el discurso que intenta, a través de pequeños párrafos introductorios, justificar la presencia de uno u otro apartado y dar unidad al libro. Complejo. Bastante complejo.

Afortunadamente para la coherencia con el subtítulo, ciertas concepciones lineales de la historia difícilmente admiten el plural. Y digo concepción lineal porque la cronofilia, esa fe en el suceso que aparece recogido en la documentación, no permite simultanear muchos discursos distintos a menos que se contex-

tualizen los hechos e imbriquen las realidades sociales, económicas, culturales y políticas que los enmarcan. Y Enrique, desde esa particular opción de lo que significa el oficio de historiador, y con la loable intención de crear un texto legible y comprensible, ha conseguido construir *una historia* de una parte de la ciudad. Y prueba de que es posible hacerlo es que aquí estoy reseñando el libro. Pero lo verdaderamente reseñable es que ha creado un texto como si las partes fuesen independientes del todo. Por ello es de agradecer, y mucho, esa síntesis que desde la página 93 a la 98 resume perfectamente la historia de los paseos.

Con sencillez en el planteamiento y confianza plena en las fuentes Enrique nos muestra quién hizo qué y cuándo. Pero nunca sabemos ni cómo ni porqué. Por eso, con este tipo de trabajos distintivos por su temática, siempre me encuentro ante un problema. Por un lado, reconocer sin paliativos la ingente labor de recopilación de datos y detalles sobre un tema desconocido. Y por otro, tener que hacer una reseña a una obra científica que, por ese riesgo que lleva implícito lo novedoso, queda incompleta.

Gracias a esa admirable capacidad que tiene su autor para simplificar me encanta cuando, siguiendo en esa misma página 15 aunque en el siguiente párrafo, afirma que *“los procesos históricos se repiten de forma cíclica, que el universo mundo anduvo siempre gobernado –salvo honrosas excepciones- por gente mediocre y sin escrúpulos, que unas minorías ambiciosas y sedientas de Poder siempre hicieron y deshicieron a su antojo...”* porque solventa de un plumazo todas las dudas que tenía sobre las realidades políticas de los siglos XVIII, XIX y XX.

No obstante lo simpático de la declaración, considero que (no solo *anduvo* gobernado sino que todavía *anda*) el valor del trabajo de investigación aumentaría considerablemente si hubiera contemplado la posibilidad de que sean las prácticas sociales las que han conformado y conforman los procesos históricos y no tanto esas élites gobernantes. Y me atrevo con esta afirmación, porque considero que son esas prácticas sociales, esas formas culturales, cambiantes en su sentido y en su ritmo, a las que debemos prestar atención desde las disciplinas humanas.

Y le debemos especial atención porque son esas prácticas sociales, esos hábitos, costumbres y haceres, los que dan sentido al devenir histórico y que, por tanto, contornean el territorio donde viven y se muestran a través de la acción estética y emotiva las colectividades. Por eso me cuesta entender cómo es posible conquistar ese certero conocimiento de la realidad urbana que todos buscamos, de la “fisonomía” como la llama Enrique, si ya desde el propio proceso de inves-

tigación dicha realidad se construye como un producto ajeno a las luchas de poder, a la cambiante estructura social o a la complejidad de bases económicas que se fueron desarrollando a lo largo de los tres siglos que abarca el estudio.

No obstante lo anterior, y como no es pretensión del autor realizar un estudio de “caracteres socioeconómicos” no insistiré más en este aspecto; no obstante digo, observo que el presupuesto que guía la investigación incurre en cierta incoherencia a la hora de aplicar su máxima sobre las minorías dirigentes. Y si afirmo esto es porque al finalizar el libro, me he quedado con la impresión de que es la documentación producida por esa mediocridad gubernamental, no solo la que da consistencia al texto sino, lamentablemente, la que marca el ritmo de la narración, de la historia. Y esto no es del todo apropiado para una propuesta de investigación tan seria como la que presenta Enrique.

Difícilmente se puede abordar el conocimiento del tiempo lúdico-festivo empleando tan sólo fuentes oficiales, salvo contadas citas, como el interesante párrafo incluido al final de la p. 67 en el que se adivina una ocupación social de los espacios y, por tanto, una representación simbólico-expresiva del sentido del Vergel; o referencias a las crónicas de la época (p. 55-56) con descripciones sobre la expresividad que resumaba las veladas de la plaza de Peral “*un sabor especial, muy de aquí*”; o la bellísima conversación entre Doña Victoria y Don Parque (p. 62-63) donde se muestra esa negociación por el significado de lo lúdico, esa capacidad estructurante de un colectivo.

Quizás, si se indaga en la esfera de la producción cultural, la llegada de O’Reilly a El Puerto tras el desastre de Argel en 1775; la creación de la Junta de Festejos Públicos en 1846; la prolongación del Vergel en 1895, y el progresivo olvido como lugar de esparcimiento hasta nuestros días, adquieran otro sentido. Una linealidad histórica que, si se quiere, podría ofrecer un grado de coherencia mayor, y permitirnos conocer no solo qué y cuándo paso, sino comprender *desde dentro* por qué y cómo paso.

Resolver estas difíciles preguntas subrayando la sagacidad de los munícipes que “*supieron reconocer y agradecer las inquietudes desinteresadas que mostraba [O’Reilly] por todo lo que concernía al progreso de la ciudad, talante, sin duda, marcado por el Iluminismo propio de la época...*” (p.33), o explicando que “*a propuesta de un regidor el Ayuntamiento decidió suspender la Feria que el año anterior [1847] se había establecido el día de San Fernando (30-VI) en el Vergel...*” (p. 207), o haciendo constar que un portuense, “*en mayo del 98, imbuido de cierto amor patriótico, pidió al Ayuntamiento que le permitiera instalar en el Vergel o el Parque para la temporada veraniega una caseta...*” donde recaudar

fondos para la guerra (p. 281), me parece poco satisfactorio para una obra de esta envergadura.

Desde mi perspectiva teórica, toda la estructura del texto, la columna vertebral de la investigación descansa sobre documentación de índole oficial: archivo municipal y hemeroteca. Y es precisamente por la naturaleza de la fuente, por las constricciones *teóricas* de la investigación, que no aparecen personas salvo que obtengan una licencia municipal para instalar un cine, establecer una cervecería-restaurant en 1895 (p. 256), obtener la organización de los fuegos pirotécnicos (p. 231), colocar una ruleta en la que rifar puros (p. 275) o abrir un puesto de buñolería en 1915 (p. 282), o como actores de tal o cual compañía teatral o de zarzuela.

Y es que el contexto es importante. Incluso iría más allá, y me atrevería a subrayar que es fundamental para la realización de una investigación desde las disciplinas humanas. Sin el marco, cualquier investigación queda inacabada, queda en la laboriosa fase de recopilación de datos y, consecuentemente, resulta un texto deslavazado y casi sin interés.

Y Enrique, consciente de ese riesgo, da valor al marco, al contexto. Por eso nombra, muy acertadamente, la segunda parte como “el entorno”. En ella se desenvuelve bien y fiel a su principio “*contando la historia de algunas de las infraestructuras públicas y locales comerciales más significativas, a uno y otro lado de los paseos, que compartieron con ellos el mismo paisaje y el paso del tiempo*” (p. 107). Y así es.

Observo en esta segunda parte que no existe un orden cronológico, que no se contextualizan los relatos, y que no se evidencian las relaciones entre las historias de las distintas “infraestructuras” (si por tal se tiene a la ermita de la Consolación) y los paseos. Son, y se nota, buenos relatos cuya inclusión en este libro no resulta del todo muy acertada.

Cuando leímos que el paseo del Vergel andaba de “*capa caída, mucho menos concurrido que la plaza de Peral, inaugurada en 1889, por la que los portuenses ya habían empezado a sentir una especial predilección*” (p. 55), parecía que el interés del libro subía. Cuando me asombré con ese diálogo tan significativo (p. 62) entre la Victoria y el Parque Calderón, me entraron ganas de indagar en este terreno. Lamentablemente, ni uno ni otro, encuentran continuación en la segunda parte del libro. La falta de un apartado concreto a la Plaza Peral o a la Victoria, indica que Enrique ha entendido que la relación entre “infraestructuras” viene dada por la cercanía al objeto de estudio central del libro, esto es, a los

paseos, y no, como sería lógico suponer, según la utilización simbólica de los lugares colindantes.

Siempre parto de la honestidad del investigador y, por tanto, considero que es la peculiar noción de entorno que emplea, y cree aplicar, la que le confunde a él y a los lectores. La miscelánea de relatos que *conforman* la segunda parte, resulta un compendio de difícil cohesión: los puentes, los portales, la ermita de la Consolación, los baños en el Guadalete, las plazas de la Pescadería y de Colón, la posada Vista Alegre, los vapores o las tabernas. En definitiva, trazos de color que, como el impresionismo fuera técnica difícil, no consiguen ilustrar mucho.

Pero al mismo tiempo por eso son los trabajos de Enrique libros de obligada referencia para mí. En ellos cualquier investigador puede encontrar el rastro de éste o aquél hecho histórico, y lo encontrará fielmente recogido en las citas de Enrique. Y ahí estriba su valor.

Y esto viene a colación del tema que más me atrae: el de la ocupación lúdica y festiva de la tercera parte del libro. Ese mundo que es el de la cotidianidad, el de la pura y simple producción y reproducción cultural. De hecho, gracias a algunos trabajos de Enrique he podido, en alguna ocasión, atreverme a esbozar parte de esa historia de lo lúdico en El Puerto que persigo desde hace tiempo.

Por eso quizás me atreva en este punto a subrayar algunas carencias que he detectado y realizar alguna modesta sugerencia.

La fiesta, o mejor dicho, el tiempo festivo es, si cabe, el tiempo social y cultural por excelencia. Y hay que hilar muy fino. Es extremadamente atrevido abordar una investigación sobre lo lúdico sin tener muy claras las diferencias entre tiempo festivo y tiempo lúdico, recreación de diversión, y, muy especialmente hay que diferenciar fiestas de festividades, veladas de conmemoraciones, o paseos dominicales de celebraciones populares. Máxime cuando se llega a escribir que “*no fueron el Vergel y el Parque lugares que habitualmente acogieran las fiestas de Carnaval*” (p. 355)

De no realizar ese pequeño esfuerzo de reflexión conceptual, y esta es la impresión que le queda al crítico que se atreve con tan vasto despliegue de datos, es que el parque, o los paseos, se han objetivado y reificado en la investigación. Han tomado vida propia a lo largo de los años y, salvo puntuales, específicas y concretas remodelaciones y reformas, siempre han significado lo mismo. Quizás algún otro aporte bibliográfico podría haber ayudado, si no a saber qué pasó, sí habría ayudado a describir mejor, a comprender, a entender cómo se han diverti-

do los portuenses durante estos tres últimos siglos en el Vergel (hasta 1914) y el Parque Calderón (desde 1895).

¿Cómo ocurrió que esos dos paseos se fusionaran en uno tras las reformas de 1914? (p. 74) ¿Fue tan solo una extensión de ese ‘bautismo espontáneo’ del Parque Calderón llevada a cabo por el hermano años después (p. 58)? ¿De qué forma influyó esto en la ocupación lúdica de la ribera? ¿Dónde se ubicó entonces el ‘resignado pobretería’ que antes se quedaba en la ‘Cocina’ del Vergel (p. 67)? ¿Alteraron el nuevo uso de los espacios la habitación social de los calafateadores? ¿Cambió la percepción de barrio marinero de los alrededores del Parque? ¿Hubo algún tipo de negociación simbólica entre el humilladero de calle Chanca (p. 49) y la prolongación del Vergel? Preguntas de gran interés que, lamentablemente, quedan sin respuesta.

De igual forma me parece un tanto desafortunado basar la descripción de lo lúdico en base a las tipologías de los establecimientos puesto que es el todo, la relación entre los elementos, una vez más, lo que le da el sentido de espacio recreativo al conjunto urbano de Vergel-Parque. En este sentido, considero que hubiese sido más descriptivo, en tanto que ilustrativo y útil, prestar mayor atención al hecho de la simultaneidad de los establecimientos ya que esa forma de exposición ofrece una imagen más nítida del hecho social de la diversión... que es el que nos ocupa.

Quizás por este motivo resulte insuficiente “*acercarse a conocer el ‘espíritu’ y la expectación con que eran acogidas las veladas marítimas*” (p. 218) acudiendo a un solo artículo de la *Revista Portuense* de 1900. Si no desentrañamos y deconstruimos su significado, en definitiva, si no lo explicamos en relación con su contexto histórico, vemos su antes y su después, el contenido del artículo queda como simple curiosidad.

Trabajar un texto no supone, como erróneamente se cree, elevar el nivel del discurso, devanándose los sesos buscando giros llenos de pleonasmos, términos distinguidos y complejas acepciones. Tampoco supone llenarlo de jerga científica y ni de demasiadas citas de autoridades. Trabajar un texto implica tener claro su contenido y no parar hasta lograr imbricarlo con el conjunto del libro. Implica ofrecer densidad en las descripciones y presentar unas conclusiones que ayuden al lector a llevarse una idea del trabajo realizado y los resultados conseguidos. Trabajar un texto es reflexionar mucho, mucho, sobre el proceso de escritura, de comunicación.

Si se quiere optar por el detalle hay que tener cuidado de que éste no se convierta en minucia y se pierda entre tanto árbol. Porque la densidad de un

texto no se consigue con una cándida recopilación de datos. La densidad en la descripción sólo se consigue a través de aquellos detalles que son significativos para el discurso. Es algo parecido a lo que ocurre con el grano en la fotografía: algunos son bellos y ofrecen densidad, demasiados difuminan.

Finalmente, y ya que el propio autor admite que su investigación “*sólo adquiere sentido insertada en otros campos de estudio de la realidad histórica*”, sería recomendable que el lector interesado en las cuestiones planteadas en este trabajo, consulte otros libros que le ubiquen en el contexto social, económico, político y cultural de los tres últimos siglos en El Puerto de Santa María.

Antonio Miguel Nogués Pedregal
Universidad Miguel Hernández

DOS ARTÍCULOS SOBRE FERNÁN CABALLERO:

REACCIÓN, MEMORIA Y FICCIÓN EN FERNÁN CABALLERO (Memorias de un mirlo superior y propagandista)

Antonio Gómez Yebra

ENTRE SERVILONES Y LIBERALITOS. CREACIÓN, FICCIÓN Y MENTALIDAD EN FERNÁN CABALLERO

Amparo Quiles Faz

“Historia, Memoria y Ficción, 1750-1850”, en *I encuentro de la Ilustración al Romanticismo*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1999, pp. 125-136 y 307-318 respectivamente.

Estas actas comienzan con una breve introducción de González Troyano en donde se exponen las interrelaciones de semejanza y dependencia entre ficción y realidad, por tanto, entre novelista e historiador. Si la misión del historiador debe ser la búsqueda de la verdad, la del escritor ha de ser la de la verosimilitud.

Tanto Antonio Gómez Yebra como Amparo Quiles Faz se han fijado, para explicar esta relación entre disciplinas, en una figura clave del realismo español: *Fernán Caballero*. En efecto, Cecilia Böhl de Faber fue la precursora del realismo y de las novelas costumbristas en España. Como el historiador, se preocupó de la aportación de datos y fechas exactos a sus novelas, pretendiendo impregnar de veracidad sus palabras. Al igual que cualquier otro autor de ficciones pretende que el lector asuma la historia narrada, si no como verdadera, al menos como creíble. Sin embargo, hay un rasgo que diferencia a

Fernán Caballero de otros escritores realistas; se trata de la supremacía de esa,

en palabras de Quiles Faz “tendencia específica del sermoneo” en detrimento de la propia credibilidad de la historia. La intención eminentemente adoctrinante de su discurso junto con esa moral tradicionalista de rancio regustillo suponen un continuo en la obra general de la escritora y en las dos novelas comentadas por ambos críticos.

Amparo Quiles sintetiza a la perfección el argumento de *Un servilón y un liberalito o tres almas de Dios*:

“... enfrentamiento dialéctico y vital entre un servilón y un liberal, entre las dos Españas divididas en mundos irreconocibles. Sin embargo, en esta novela Fernán Caballero opta por el eclecticismo y la tendencia al entendimiento moral entre ambas posturas políticas, imponiendo el credo de que el amor a España es capaz de aunar a todos los españoles”.

Y es aquí precisamente en donde, desde nuestro punto de vista, más se aprecia la intención adoctrinadora de la escritora pues, si bien al principio explicitaba su intención de presentarnos a los habitantes del castillo como miembros de la realidad más cercana y no como el Romanticismo exacerbado tenía por costumbre

“... Sentimos que a fuer de verídicos no nos sea posible divertir al lector con una descripción lúgubre y medrosa... Porque opuestamente, para ser verídicos, tenemos que descender a los pormenores más sencillos, más cándidos y si se quiere, más triviales de la vida común” (p. 310) al final de la novela el representante de lo liberal y lo ilustrado, Leopoldo Ardaz, quien en tantas ocasiones se había burlado de la religiosidad de aquellas “*dos viejas beatas, más feas que Barrabás*”, termina definiéndose como español, cristiano y católico. Se ha producido el milagro la oveja descarriada vuelve al redil de “*la España tradicional, patriota y monárquica que con tanto desnudo defendió Fernán Caballero*” (p. 313).

Esta conversión responde más a la intención moralizante de la escritora que al propio hilo argumental de la historia, y así se pronuncia Amparo Quiles.

“Para Fernán Caballero es más importante defender apasionadamente lo que le es más querido, apostando por sus tesis políticas y religiosas y entregándose con desnudo a su capacidad de moralizar y sermonear más que al retrato fiel de la realidad. En suma, ella pintaba su propia realidad”. (p. 318).

Y si de realidad y verosimilitud estamos hablando, puede resultar algo chocante la inclusión de la poco conocida novelista estudiada por Antonio Gómez

Yebra. *Memorias de un mirlo superior y propagandista* en donde la historia viene contada de la boca -o mejor pico- de un mirlo. Pero esta extrañeza inicial es fácilmente disipada si aceptamos las reglas de la ficción literaria, procedimiento previo obligado de toda lectura. Si bien Gómez Yebra asegura que lo primero que piensa el lector es que se encuentra ante una fábula, desde nuestro punto de vista lo que termina pensando es que ha leído una maliciosa sátira. Como en *Un servilón y un liberalito* también se produce aquí el enfrentamiento entre posturas ideológicas contrarias. De un lado, Agapito del Valle -nuestro mirlo- representa la postura liberal y más moderna, frente a su padrino, el cuervo Pedro Grullo que refleja el tradicionalismo a ultranza. Obvio es decir a cuál de las dos posturas se adscribe la autora, quien después de hacer pasar al pobre mirlo por toda una serie de calamidades (acaba tuerto, cojo, desplumado y solo) lo termina convirtiendo en un total ácrata, rechazando y criticando él mismo las teorías liberales que antes defendía.

Una crítica tan explícita no podía ser publicada en un momento en el que las ideas progresistas parecían despegar en España, por lo que la primera edición data de 1926. La historia tiene, desde nuestro punto de vista, un interés mayor no como obra estética en sí, sino como relación o interpretación que de la realidad hizo la autora. En este sentido se pronuncia Gómez Yebra, quien, negando la clasificación de la obra en relato “*por no tratarse de una obra de exclusiva ficción*” asegura que

“Parapetada tras el ropaje de unos animales convertidos en títeres que mueve a su antojo, Fernán Caballero se encuentra a sus anchas para criticar personajes, pensamientos y acontecimientos históricos. Y para hacer objeto de sátira también a determinados personajes de la vida pública o literaria de su momento” (p. 136).

Aunque las referencias a la realidad son una constante, Gómez Yebra se detiene en la cuestión de la publicación de *El Cuerno de la Abundancia*, editado por Agapito. Al compararlo la autora en el primer -y último número- con *La Esperanza*, el juego ficción-realidad está servido. Gómez Yebra nos recuerda que *La Esperanza* era un periódico carlista que combatía el liberalismo, perteneciente por lo tanto al plano de la realidad, pero, si bien *El Cuerno* se trataba de un elemento de ficción, también es verdad que perfectamente podría no haberlo sido, ya que en la época eran muchas las publicaciones cuya vida se reducía a un par de números.

Otra cuestión constante en la obra de *Fernán Caballero* es la relativa a la familia y a la educación de la mujer. Dada la ideología tradicionalista de nuestra

Cecilia no es extraño que en sus obras dejase traslucir la profunda aversión hacia las ideas más renovadoras que sobre estas cuestiones promulgaba el liberalismo. En el siglo XIX se produjo un auge en la publicación de tratados que versaban sobre la educación que una mujer debía recibir. La mayoría de ellos se limitaban a establecer una serie de normas de conducta y consejos prácticos sobre el quehacer en el hogar. En *Un servilón y un liberalito o tres almas de Dios el bueno* de don José Mentor daba, en palabras de la propia autora

“...*algunas lecciones de leer y escribir (...) a las maritornes con pretensiones de ilustrarse, con lo que lograban leer novelas perversas, descuidar sus quehaceres y la aguja y llevar calcetas con puntos*”

La crítica no puede ser más explícita. También recoge Gómez Yebra este tema:

“*La emancipación de la mujer, que todavía estaba en mantillas en nuestro país, es tenida por la autora de las “Memorias de un Mirlo Superior y Propagandista” como un desatino. Por eso pone en el pico de Agapito términos claramente destinados a hacerlo fracasar en su intento. <Hembra libre> y <pájara emancipada> se antojan suficientemente significativos, de innecesaria explicación*” (p. 134).

Además, de la liberal cotorra Mimi Enavant se dice que “*vestía de hombre, fumaba y trinaba encantadoramente*”, hecho que sin duda nos puede recordar a las actitudes que otras escritoras de la época como George Sand solían tomar a fin de que se les reconociesen sus derechos. (Es abundante la iconografía que representa a esta escritora -1804-1876- vestida de hombre y fumando un puro. Para más información sobre este tema se puede consultar a Geneviève Fraisse y Michelle Perrot, “Las mujeres y las imágenes”, en *Historia de las mujeres IV: El siglo XIX*, Círculo de Lectores, Barcelona 1993, pp. 270-313).

Como hemos podido comprobar, Historia y Ficción se enlazan a través de la memoria de los autores hasta tal punto que a veces la una se diluye en la otra. Tanto Amparo Quiles como Antonio Gómez Yebra nos lo han demostrado con las dos novelas de *Fernán Caballero*, quien asumía la escritura no como mero reflejo de la realidad, sino como la interpretación y recreación que de ella gustaba en dar.

Noemí Infantes Moreiras

LA NECESIDAD DE PRESERVAR LOS TRAZADOS URBANOS: EL CASO DE CAMPO DE GUÍA (EL PUERTO DE SANTA MARÍA)

María Dolores Antigüedad del Castillo-Olivares

Actas del Encuentro “Las tribulaciones del Patrimonio paisajístico y urbano”,
Serie Encuentros de Primavera en El Puerto, 4, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, 2001

Una palabra puede sintetizar el contenido de este texto de la profesora María Dolores Antigüedad: identidad. A ella se refiere en *La necesidad de preservar los trazados urbanos: el caso de Campo de Guía (El Puerto de Santa María)*, comunicación publicada en las Actas de los Encuentros de Primavera de la Universidad de Cádiz que bajo el título *Las tribulaciones en la tutela del Patrimonio Paisajístico y Urbano*, recoge aportaciones de profesionales relacionados con las diversas disciplinas que intervienen en el Patrimonio Histórico-Artístico.

Y decimos que identidad es la síntesis por cuanto es el concepto que planea sobre esta breve pero intensa comunicación. Es la idea que la profesora María Dolores Antigüedad toma como punto de partida para abrir el debate sobre la necesidad de protección de los trazados urbanos, en este caso el Campo de Guía portuense, con valor histórico-artístico. Una protección que la legislación actual remite a los Planes Especiales de Protección elaborados y gestionados por los Ayuntamientos a los que transfiere la responsabilidad de su futuro.

No es misión del texto, y así lo expone la autora, el estudio detallado de este espacio de rasgos industriales. Por esta razón le dedica unas breves pinceladas que se convierten en sólidos argumentos que nos sitúan en la necesidad de defender esta parte de la trama urbana histórica de la ciudad. A partir de este conocimiento, fundamento de la valoración y la protección, muestra su preocupación por el ya iniciado deterioro del Campo de Guía: una zona vinculada a la expansión decimonónica de la industria vitivinícola y cuya decadencia actual puede ser y parece será la excusa para deformarla o destruirla, acabando con una parte de la identidad histórica de El Puerto. Una identidad que además trasciende el ámbito local, expandiéndose al Marco de Jerez como un referente.

Comprende la autora, y así lo refleja, la dificultad general de gestionar espacios en desuso, pero conviene recordar que una arquitectura tan versátil como la bodeguera y una trama urbana tan racional como la que la sustenta hace posible, aunque nadie dice que sea fácil, una política de usos respetuosa que garantice la pervivencia y que se adapte a las necesidades de la población. Téngase en cuenta

que la intervención destructora es, en palabras de María Dolores Antigüedad, irreversible y irreparable.

Me gustaría finalizar este comentario insistiendo de nuevo en la clave de este texto: identidad. Identidad como aseguradora de protección. Protección como aseguradora de la identidad. Consecuencia de esta relación es que el ciudadano se reconozca, en el proceso histórico de la ciudad, como integrante de su comunidad y que su vinculación con ese medio y el fruto de ella -La Cultura- sea tanto más vital y más fundamentada cuanto menos se degrade su entorno y cuanto más se conserven los parámetros y puntos de referencia que actúan de impulso creador.

Lo otro es la “ciudad de la economía” fruto de la tensión de intereses o políticas fáciles, algo que en el entorno, no sólo urbano, de la bahía ya es preocupante.

José Ramón Barros Caneda